



algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

Pasqual
Alapont

Dibujos de
Javier
Lacasta
Llácer

Tres golpes en la noche





Ruidos en la noche

Aún era de noche cuando Emi se despertó. Oyó un ruido, como un «brum», pero con una *u* que se alargaba unos cuantos segundos y parecía vibrar en el aire, «bruuuuuum». Su corazón no podía ser, ya que solo sonaba «pum-pum» y palpitaba desbocado como un caballo salvaje. Tuvo la impresión de que la cama se movía, de que las vigas del techo crujían como bajo un gran peso, de que toda la casa podía venirse abajo en cualquier momento.

Emi había cenado mucho esa noche, y antes de irse a dormir se había zampado a escondidas

media tableta de chocolate. Ahora tenía la boca seca y áspera como un trapo. Pensó en levantarse, pero no quería encender la luz, porque sus padres podrían despertarse y entonces le preguntarían: «¿Qué ocurre, Emi?, ¿por qué no estás durmiendo? Has vuelto a atiborrarte de chocolate, ¿verdad?». Su madre siempre la descubría, poseía un sexto sentido y, cuando tenía fiebre y se sujetaba la barriga con las manos, sabía que había tomado demasiadas golosinas y que tenía un empacho descomunal.

Emi no quería encender la luz, pero tenía mucha sed. La luna estaba en cuarto creciente, casi llena, y poco a poco la vista se le acostumbró a la oscuridad. Se apartó el edredón y buscó las zapatillas a tuestas, sus zapatillas verdes en forma de rana. A continuación, salió y se puso a andar por el pasillo.

Al pasar por la habitación de sus padres, oyó unos ronquidos sibilantes, como si alguien tañera un violín sin tener mucha idea de solfeo. De la habitación de la abuela no le llegó ningún ruido, pero a través de la puerta entreabierta brillaba un resplandor anaranjado. Siempre había una luz titilante en el pequeño altar que la abuela dedicaba a sus santos.

Cuando llegó al fondo del pasillo, Emi bajó las escaleras que conducían a la parte de abajo, al salón y a la cocina. Los objetos parecían diferentes en aquella penumbra. Unos ojos la miraron fijamente, era un ciervo, protagonista de una escena de caza que veía cada mañana dentro de un cuadro, pero nunca le había dado miedo, y ahora, en cambio, de noche, parecía que la bestia amenazaba con echársele encima. Emi anduvo cautelosamente por delante del cuadro con los ojos medio entornados y la espalda rígida como una tabla de planchar. A oscuras, se dirigió hacia la despensa, abrió la puerta y se encerró en el interior. Tras encender la luz, una cosa se deslizó por el suelo y desapareció detrás de las latas de conserva. Emi ahogó un grito. Era una cucaracha de color negro y con reflejos parduscos. Instintivamente, se frotó las piernas. Por un momento tuvo la sensación de que algo corría por dentro de su pijama.



Deprisa y corriendo, fue a por una botella de agua y se tomó un buen trago. A su madre no le hacía ninguna gracia que se amorrara al beber, pero Emi sabía que su madre no era perfecta, y más de una vez la había pillado amorrándose a la botella. Aun así, sintió un poco de pena cuando tomó el segundo y el tercer trago, y solo dio unos sorbitos. Luego, echó una ojeada al rincón donde había desaparecido la cucaracha. No se veía ni rastro, pero ella sabía que estaba ahí, escondida, al acecho, esperando que ella se fuese para campar a sus anchas como una reina. «Se lo diré a papá y te hará picadillo», pensó Emi. Eso le hizo sentirse mejor y le dio fuerzas para apagar la luz. En un santiamén salió de la despensa. Se estremeció de la cabeza a los pies: se imaginaba que una horda de cucarachas corría por el suelo.

A toda prisa, pasó por delante del cuadro con el ciervo de mirada siniestra y subió la escalera. Allí se sentía fuera de peligro, por fin. La luz de la luna se filtraba a través de la claraboya tiñendo los objetos de gris ceniza. Emi avanzó por el pasillo, unos metros más y podría acostarse y cubrirse con la manta hasta la cabeza, acurrucarse bajo la tibia suavidad de las sábanas, olvidarse de ciervos mal-



vados y de cucarachas antipáticas. Pero entonces oyó el mismo estrépito de unos minutos antes, el «bruuuuuum» que la había despertado, y toda la casa tembló. Emi sintió un escalofrío, era como estar en el interior de una ballena, como si el cetáceo se la hubiese tragado e intentase hacer la digestión.

Al pasar junto a la puerta de la abuela, no pudo aguantarse más y entró en la habitación.

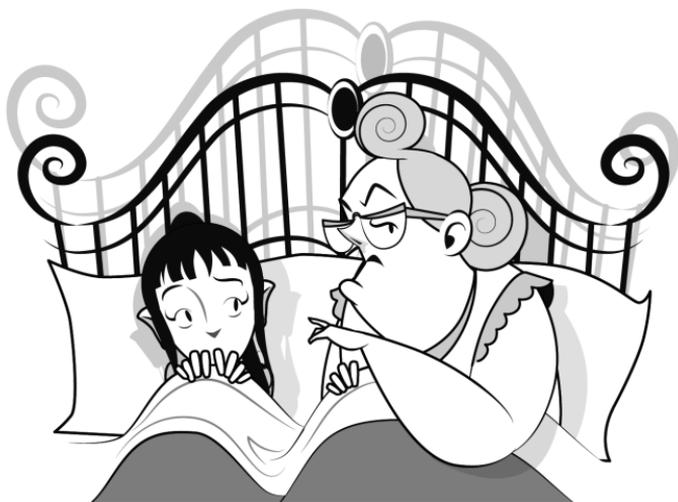
La estancia relucía con el tono medio anaranjado y amarillento de una vela, de modo que apenas se distinguían los contornos de los objetos. Emi podía ver el rostro de su abuela, inmóvil como una estatua. Le pareció que tenía los ojos abiertos, pero no estaba segura. Tal vez estaba muerta. Sabía que hay muertos que se quedan con los ojos abiertos hasta que alguien se los cierra. Se quedó quieta, sin saber muy bien qué hacer. Entonces oyó una voz:

—¿Lo has oído?

Emi quiso decir que sí, pero de su boca no salió ningún ruido.

—Ven aquí, no vaya a ser que pilles una pulmonía.

Lentamente, Emi se acercó a la cama. Su abuela retiró el edredón y le hizo un hueco a su lado. A la luz titilante de la vela era como si los objetos



bailasen, y tan pronto parecían pequeños como grandes. Sobre la cómoda había una foto del abuelo vestido de bombero. Había muerto hacía treinta años en un incendio, y ahora la llama de la vela oscilaba sobre la superficie de su retrato como si lo quisiese recordar.

—¿Lo has oído tú también? —insistió su abuela.

—Creo que sí.

Emi se sorprendió al escuchar su propia voz; por suerte, no se había quedado muda.

—Son los golpes de san Pascual Bailón. Tres golpes —dijo su abuela.

—Solo he oído dos, pero no sé si eran golpes; parecían truenos, como un «bruuuum», y toda la casa temblaba.

—¡A mí me lo vas a contar! Son los golpes de san Pascual —susurró la abuela—. Cuando alguien está a punto de morir, san Pascual le avisa tres días antes para que se prepare y ponga en orden todos sus asuntos, para que se despida de las personas que más quiere o para que disponga de las cosas de su funeral. Después llega la muerte y, tanto si quieres como si no quieres, te arrastra consigo.

Emi se estremeció.

—Seguramente, viene a por mí —continuó su abuela—. Soy vieja como una piedra y tengo más teclas que un piano, pero también podría ser un aviso para cualquiera más joven y saludable de la casa. Has oído los golpes, ¿verdad? —quiso confirmar una vez más.

Emi sintió que le ardían las mejillas.

—Solo eran dos golpes...

—Procura no ponerte en peligro, María Emilia. Aunque si los toques de san Pascual suenan por ti, no hay nada que hacer. Quién sabe: podría atropellarte un autobús o podrías envenenarte con una comida en mal estado. No depende de ti, de lo que hagas o dejes de hacer, san Pascual es el abogado de la muerte, y no falla nunca. Tres

días antes de morir tu abuelo, los golpes sonaron en esta misma casa, y tres días más tarde, el pobre tenía la cara más negra que el carbón. ¡Dios lo tenga en su gloria, pobrecillo!

Estuvieron un momento sin decir nada. Los muelles de la cama de la abuela no paraban de crujir.

—Estás temblando, criatura. ¿Tienes frío? —preguntó.

—Un poco.

—Anda, tápate bien, no vaya a ser que cojas una pulmonía.

Diez minutos más tarde, su abuela roncaba suavemente. Pero Emi no podía dormir. No podía apartar la vista del retrato del abuelo. Ponía cara de enfadado, y entonces pensó que la miraba a ella, como si le recriminase alguna cosa.